LA JUSTICIA

I

Hablo para los que no creen en la existencia de un Juez único, todopoderoso é infalible que noche y día vela sobre nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras acciones; mantiene la justicia en este mundo y la completa después.

¿Y si no hay Juez, hay una justicia distinta de la organizada por los hombres, no solamente para sus leyes y sus tribunales, sino para todas las relaciones sociales no sometidas á los juicios positivos, y que no tienen por ordinaria sanción más que la que emana de la confianza, desconfianza, aprobación ó desaprobación de los que nos rodean? ¿No hay nada por encima de todo esto? Esto que en la moral del universo, parece frecuentemente tan inexplicable, que los hombre se creen, por decirlo así, forzados á creer en la existencia de un Juez inteligente, ¿puede reducirse á la justicia social y explicarse por ella? ¿Cuándo engañamos y vencemos á nuestro prójimo, hemos engañado y vencido todas

las fuerzas de la justicia? ¿Está todo ya definitivamente regulado hasta el punto de que nosotros no tenemos nada que hacer, ó bien existe una justicia más grave y menos sujeta al error, menos visible pero más profunda, más universal y más poderosa? ¿Quién negará que hay una irresistible que envuelve toda la vida humana, y que reina en su centro una inteligencia que no se engaña y que jamás se engañará? ¿Pero donde la colocamos en cuanto la separamos de los cielos? ¿Dónde se encuentra ella? ¿De dónde saca el bien y el mal, la dicha y la desgracia? Las cuestiones que nos proponemos son, pues, importantes, pues del lugar en donde se encuentre y de donde salga la justicia para castigarnos ó para recompensarnos, dependen su naturaleza y toda nuestra moral. Por eso no es inútil examinar cuál es hoy en el corazón y en el espíritu de los hombres el verdadero estado de esta gran idea de justicia soberana y mística que desde los orígenes de la historia tantas veces se ha transformado. ¿No es, pues, éste el misterio más alto y más apasionante que nos queda? ¿No está relacionado con todos los demás, y no son sus vacilaciones las que nos mueven más profundamente? Posiblemente la gran masa del pueblo no tendrá conciencia de estas vacilaciones ni de estas transformaciones. La conciencia nítida de esta evolución del pensamiento humano no es indispensable á todos; hasta que unos cuantos se den cuenta de que

una transformación ha tenido lugar, para que la moral general note poco á poco los efectos.

II

Nosotros hablaremos, naturalmente, de la justicia social; es decir, de la justicia que nos administramos mutuamente en la vida; pero no hablaremos de la justicia legal ó positiva, que no es más que la organización de una parte de la justicia social. Nos ocuparemos, sobre todo, de esta justicia imprecisa pero eficaz, insecuestrable pero inevitable; que acompaña é impugna, aprueba ó desaprueba, recompensa ó castiga todas las acciones de nuestra vida. ¿Viene ello de fuera? ¿Existe independiente del hombre en el universo y en las cosas de un principio moral, intangible é inalienable? ¿Hay, en una palabra, una justicia que podría llamarse la justicia física? ¿O bien esta justicia sale toda entera del hombre, es toda ella interior aunque se agite fuera? Y para resumir, en otra frase, ¿no existe otra justicia psicológica? Pienso que estos dos términos, jus-

ticia física y justicia psicológica, abrazan las diversas formas de justicia que parecen existir todavía fuera de la justicia social.

III

Desde que sale de los senderos fáciles, pero artificialmente esclarecidos de toda religión positiva, yo no creo que el hombre más ávido de ilusiones y de misterios, si interroga sincera y atentamente su experiencia personal, si mira los males exteriores, que en torno de él castigan ciegamente á los buenos y á los malvados, yo no creo, repito, que este hombre pueda dudar largo tiempo de esta verdad; que en el mundo en que vivimos no hay justicia física proviniente de causas morales, que esta justicia se presenta bajo forma de herencia, de enfermedad, de fenómenos atmosféricos ó geológicos ó bajo cualquier otra imaginable. Ni la tierra, ni el cielo, ni la naturaleza, ni la materia, ni el éter, ni ninguna de las fuerzas que conocemos, fuera de las que en nosotros residen, se preocupa de la justicia

ni tienen la menor relación con nuestra moral, con nuestros pensamientos ó con nuestras intenciones. No hay entre el mundo exterior y nuestros actos más que simples relaciones de causa á efecto esencialmente amorales. Si cometo tal imprudencia ó tal exceso, corro tal peligro y pago tal deuda á la naturaleza. Y como el exceso ó la imprudencia tienen generalmente una causa que nosotros llamamos inmoral, puesto que debemos acomodar nuestra vida á las pequeñas exigencias de nuestra salud y de nuestra seguridad, inevitablemente establecemos una relación entre la causa inmoral y el peligro corrido ó la deuda pagada, y de nuevo recuperamos esta confianza en la justicia del universo, que es el perjuicio de más honda raigambre en nuestro corazón. Pero al retomar de nuevo esta confianza perdemos de vista que hubiese pasado exactamente lo mismo si el exceso ó la imprudencia tuviera una causa inocente ó heróica para hablar según nuestro vocabulario infantil. Si yo me arrojo al agua con un frío riguroso para salvar á mi semejante, ó si me caigo á ella desde una escollera en una noche de vagabundeo orgiástico, las consecuencias del enfriamiento serán absolutamente parecidas, y nada sobre la tierra ni bajo los cielos, excepto yo mismo, añadirá un sufrimiento á mis sufrimientos porque haya cometido un crimen, ni robará un dolor á mis dolores por haber llevado á cabo un acto virtuoso.

IV

Tomemos otra forma de justicia física: la herencia. Y encontramos de nuevo la misma ignorancia de causas morales, la misma indiferencia. Sería, á la verdad, una justicia extraña la que hiciera recaer sobre el hijo ó sobre el biznieto el peso de una falta cometida por el padre ó por el bisabuelo. Sin embargo, ello no seria contrario á la moral humana; el hombre le admitiría desde luego y aparecería natural, grandioso, excelso, prolongando indefinidamente nuestra individualidad, nuestra conciencia y nuestra existencia, y desde este punto de vista se acordaría con un gran número de hechos que no puede apenas contestar y que prueban que no somos seres exclusivamente limitados á nosotros mismos sino en una relación sutil y todavía incompletamente conocida con todo lo que nos rodea, con todo lo que nos precede y con todo lo que nos sigue en la vida.

Mas si esto es verdad en un cierto sentido, no lo

es en lo que concierne á la justicia de la herencia física. La herencia física no tiene nada que ver con las causas morales del acto en que los descendientes pagan las consecuencias. Hay entre lo que ha hecho el padre comprometiendo su salud y lo que sufre el hijo un lazo físico; pero las intenciones, los móviles del padre, livianos ó heróicos, no tienen ninguna influencia sobre los sufrimientos del hijo. Además, el campo de la pretendida justicia de la herencia física está extraordinariamente restringido. Un padre puede haber cometido faltas abominables, haber asesinado, traicionado, perseguido al inocente, despojado á los humildes, sin que sus crímenes dejen la menor huella en el organismo de sus hijos. En suma, la justicia de la herencia castiga casi exclusivamente dos especies de faltas: el alcoholismo y la concupiscencia Mas si el alcoholismo es un vicio repugnante y deplorable, hay que reconocer que la mayor parte de las veces debe considerarse mas como debilidad que como crimen, como la falta que supone menos mala voluntad y menos perversión. No se explica por qué la moral del universo castiga de una manera especial, terrible, eterna, una falta relativamente inocente, en tanto que deja libres de cuidados al parricida y al envenenador, por ejemplo.

En cuanto á la lujuria, es verdad que es un mal temible y el más funesto para la descendencia. Mas aquí también de parte de la justicia de las cosas

hay la misma ignorancia de las causas morales, la misma ceguedad.

El acto de libertinaje puede ser monstruoso desde el punto de vista moral, puede haber sido preparado por maquinaciones horribles, puede ir seguido por abusos de poder, de desesperaciones, de lágrimas; pero es también posible que sea indiferente, inocente casi. Poco importa eso á la justicia de las cosas; castiga en razón de las precauciones tomadas ó desdeñadas; en razón á la frecuencia de la aventura, á veces al azar, sin jamás tener en cuenta el estado de alma de su víctima. Podría hacerse, con respecto al libertinaje, la misma observación que hice con respecto al alcoholismo. ¿Por qué este castigo casi ilimitado á una falta frecuentemente inofensiva? Hay libertinajes que á los ojos de la razón fría y serena que debería poseer una justicia soberana, son incomparablemente menos culpables que muchos pensamientos perversos que pasan inadvertidos en nuestro corazón. En fin, para concluir este capítulo, no sería difícil imaginar ó encontrar casos en que los hijos ó los nietos de un hombre honrado serán irremisiblemente castigados en su inteligencia ó en su carne, por haber contraído su padre un mal incurable en el cumplimiento de un acto que consideraba, con razón ó sin ella, como un acto de reparación, de abnegación, de sacrificio y de lealtad.

V

En lo concerniente á la herencia moral, no parece que haya principios diferentes de los de la herencia física; más como aquí las modificaciones del espíritu y del carácter son infinitamente más complejas y más inabordables, los fenómenos son también del mismo modo menos seguros y menos sorprendentes. La herencia moral, al menos en el dominio patológico, que es el único característico para poder hacer observaciones decisivas; la herencia moral, repito, no es más que la forma espiritual de la herencia física; aquélla es el principio de ésta, ésta la prolongación de aquélla, y en el origen de la primera, desde el punto de vista de la justicia, se encuentra, por consiguiente, la misma ceguedad, la misma indiferencia. Los descendientes del alcohólico ó del libertino, cualquiera que sea la perversidad ó la inocencia de la causa moral del alcoholismo ó del libertinaje, podrán ser castigados al mismo tiempo en su espíritu ó en su carne; ten-

drán casi inevitablemente un agotamiento intelectual al lado de una debilidad fisiológica. Y que sean locos, idiotas, epilépticos, que tengan instintos criminales irresistibles ó un ligero desequilibrio de las facultades mentales, poco importa; he aquí el alma, al mismo tiempo que el cuerpo, herida, menoscabada por la más espantosa pena moral, que puede inventar una justicia suprema - si es que esto ha sido alguna vez cuestión de justicia—aplicada á actos que son ordinariamente menos malos y casi siempre menos perversos que cien otros que la naturaleza no ha soñado jamás en castigar. Esta pena es aplicada ciegamente y sin tener la menor cuenta de los móviles excusables, indiferentes ó excelsos de los actos. ¿Quiere esto decir que el alcoholismo y el libertinaje entran solos en la herencia moral? De ninguna manera; eso sería absurdo. Mil factores, más ó menos conocidos intervienen; ciertas cualidades morales parecen transmitirse, como ciertas cualidades físicas. En tal raza se encuentran casi constantemente tales virtudes probablemente adquiridas. Pero ¿cuál es la parte del ejemplo, del medio y de la herencia?

El problema se complica de tal modo, los hechos son tan contradictorios, que no es posible, en la multitud de causas innumerables, seguir la huella de una causa determinada. Ni aun en los casos en que con más claridad se manifiesta una justicia intencional en la herencia física ó moral no encon-

tramos ningún rastro, y si allí no los encontramos, mucho más difícil será todavía encontrarlos en cualquier otra parte.

VI

Podemos, pues, decir que no hay huella de una justicia intencional ni sobre, ni en torno, ni por debajo de nosotros, ni en esta vida, ni en nuestra otra vida, que es la de nuestros hijos. Pero al adaptarnos á la existencia, hemos sido naturalmente inducidos á impregnar de nuestra moral los principios de causalidad que encontramos más frecuentemente; de suerte que existe una muy suficiente apariencia de justicia efectiva recompensando ó castigando la mayor parte de nuestros gestos, según que se aproximen ó se desvíen de ciertas leyes necesarias á la conservación de los seres. Es evidente que, si yo siembro mi campo, tendré cien probabilidades más de recoger el estío próximo, que mi vecino, que no sembró el suyo porque prefiere vivir en la pereza ó en la disipación.

He aquí el trabajo recompensado con una satisfactoria certidumbre, y cuéntese que hemos hecho del trabajo el hecho moral por excelencia y el primero de los deberes, puesto que es necesario para el mantenimiento de nuestra existencia. Se podría multiplicar hasta el infinito los ejemplos de este género. Si educo bien á mis hijos y soy bueno y justo para los que me rodean; si en toda circunstancia soy honesto, activo, prudente y sabio, tengo más probabilidades de encontrar la piedad filial, la afección, la felicidad y el respeto que cualquier otro que haga todo lo contrario. Sin embargo, no perdamos de vista que mi vecino no recogería tampoco el trigo, aun con diligencia y sobriedad, si una causa respetable y admirable, por ejemplo, una enfermedad contraída á la cabecera de su mujer ó de un amigo, le hubiese impedido sembrar el trigo á tiempo. Y así, *mutatis mutandis*, en los demás casos que acabo de enumerar. Mas estos casos en que una causa respetable pone obstáculos al cumplimiento de un deber son excepcionales, y en general, entre la causa y el efecto, entre la exigencia de la ley necesaria y el resultado del esfuerzo hay, gracias á nuestra flexibilidad, una concordancia suficiente para mantener en nosotros la idea de la justicia de las cosas.

VII

Esta idea que duerme en el fondo de los menos místicos y de los menos crédulos ¿es saludable? ¿Esta parte de nuestra moral no está posada como un insecto sobre una roca, que cae y que en la caída se imagina el insecto que la roca no se derrumba más que para sostenerlo? ¿Existen errores y mentiras que es preciso favorecer? Es posible que hayan sido saludables alguna vez, pero sus beneficios pasados ¿no se han encontrado frente á la verdad y no le han hecho el sacrificio que se había diferido? ¿Era necesario advertir que la ilusión y la mentira que parecían genitoras de bien, comenzasen á crear el mal ó retardasen al menos el recuerdo indispensable entre la realidad bien sentida y la manera de interpretarla, de aprovecharla ó de aceptarla? ¿Qué eran el derecho divino de los reyes, la infalibilidad de la Iglesia y la recompensa de ultratumba, sino ilusiones á las que durante tanto tiempo se sacrificaron los hombres? ¿Y qué hemos ido ganando con

esos sacrificios? Un poco de engañosa paz, algunos consuelos funestos, no pocas esperanzas inactivas. Bien se han perdido los días extintos, y la humanidad que quiere al fin conocer la verdad, y que en este conocimiento á que aspira, encuentra una razón de ser que reemplaza á todas las demás, tiene muy poco tiempo que perder. Es cierto que con nada pierde el tiempo, pues nada es más vivaz ni más hábil para cambiar de forma que una ilusión desarraigada. Pero ¿qué importa, se dirá, que el hombre haga tal cosa que es justa porque esté persuadido de que Dios lo vigila ó porque se imagine que hay una suerte de justicia en el universo ó simplemente, en fin, porque esta cosa le parezca justa en su conciencia? Al contrario, eso es lo que importa por encima de todo. Hay tres hombres distintos; el primero, el que Dios vigila, hará más de una cosa injusta, pues no hay Dios que no haya querido ni exigido muchas cosas injustas. El segundo, no obrará siempre como el tercero, y el tercero es el hombre á quien el moralista debe interrogar porque sobrevivirá á los otros dos. Para el moralista es más interesante prever de qué manera se conducirá el hombre en la verdad, es decir, en su elemento natural, que examinar de qué modo se comportaría en el error.

VIII

Me imagino que parecerá inútil á los que no creen en la existencia de un Juez soberano, examinar tan gravemente esta idea inadmisible de la justicia de las cosas. Si, presentando del modo que se da en la realidad, y puesta, por decirlo así, «al pie del muro» es, en efecto, inadmisible. Pero en la vida cotidiana no tenemos costumbre de representárnosla de esta suerte, y viendo el crimen castigado, la propiedad mal adquirida que acaba en la ruina, la agresión inicua triunfando un momento y al punto caída en el mayor desastre, el libertinaje arrastrando la sucia melancolía de sus harapos por los callejones infectos, confundimos sin cesar el efecto físico con la causa moral, y aunque no creamos en la existencia de un Juez, todos llegamos á vivir con más ó menos abandono sobre yo no sé que fe informe en la justicia de las cosas. Y aunque el estado de razón y de observación frías nos hubieran demostrado que esta justicia no existe, es suficiente

que un acontecimiento nos toque de cerca, que haya dos ó tres coincidencias sensibles para que este convencimiento arraigue en nuestro corazón, pero no en nuestro espíritu. A pesar de nuestra razón y á pesar de nuestra esperiencia, una nonada cualquiera, nos iguala á nuestros antepasados que estaban persuadidos de que las estrellas no brillan en su insondable eternidad, más que para predecir y aprobar una herida que harían á sus enemigos en el campo de batalla, ó una palabra que pronunciarían en la asamblea popular. Nosotros también divinizamos los sentimientos según nuestro interés; pero como los dioses no tienen nombre, los divinizamos de una manera menos imprecisa y menos sincera; eso es la única diferencia. Cuando los griegos impotentes ante Troya tienen necesidad de un socorro y de un signo sorprendentes, van á arrancar á Filoctetes el arco y las flechas de Hércules, y lo abandonan enseguida enfermo, desnudo y sin armas en una isla desierta: esa es la justicia misteriosa; la orden de los dioses más alta que la justicia humana. Nosotros, cuando una iniquidad nos parece útil la reclamamos en nombre de la raza futura en nombre de la humanidad, en nombre de la patria. Por otra parte, cuando una gran desgracia nos acogota, no hay justicia ni hay dioses; pero si es á nuestro enemigo á quien estrangula, el universo, se repuebla al instante de jueces invisibles. Y si nos adviene una dicha inesperada y desproporcionada á nuestros méritos, nos imaginamos que había en nosotros virtudes ocultas, que nosotros mismos ignorábamos y somos más felices por haberlas descubierto que por la dicha que el descubrimiento nos proporciona.

IX

«Todo se paga», decimos. Sí, en el fondo de nuestro corazón y en el dominio humano todo se paga, según la justicia, en moneda de dicha ó de desdicha íntimas. Fuera de nosotros, en el universo que nos envuelve todo se paga del mismo modo; pero la dicha ó desdicha no pasa por las manos del mismo intendente. Se distribuye de otra manera y por otros motivos, y en virtud de otras leyes. No es, pues, la justicia de la conciencia la que preside, sino la lógica de la naturaleza ignorante de nuestra moral. Hay en nosotros un espíritu que no pesa más que las intenciones, como hay fuera de nosotros una potencia que no pesa más que los hechos, y no nos persuadimos de que se mueven de acuer-

do; pero en realidad, si el espíritu observa á la potencia, la potencia ignora al espíritu tan totalmente como un hombre que pesa carbón en la Europa septentrional ignora la existencia de otro hombre que pesa diamantes en el Africa del Sur. Mezclamos constantemente nuestros sentimientos de justicia con esta lógica de la moral y ese es el origen de la mayor parte de nuestros errores.

X

No tenemos derecho á quejarnos de la indiferencia del universo ni á declararla monstruosa é incomprensible, ni tampoco á rebelarnos contra una injusticia en la cual nosotros tomamos una parte muy activa. No hay, es verdad, ninguna huella de justicia en los accidentes, en las enfermedades y en la mayor parte de los azares de la vida exterior que ciegamente castigan al bueno y al malvado, al traidor y al héroe, á la hermana de la caridad y á la envenenadora. Sabemos poner bajo la advocación de «injusticia del universo» un gran número de

injusticias exclusivamente humanas é infinitamente más frecuentes y más terribles que la tempestad, las enfermedades y el incendio. No voy á hablar de la guerra porque podría objetárseme que depende menos de la naturaleza que de la voluntad de los pueblos y de los reyes. Pero el pauperismo, por ejemplo, que colocamos todavía entre los males irresponsables lo mismo que la peste ó el naufragio, el pauperismo con sus dolores y sus miserias hereditarias ¿cuántas veces no es imputable á la injusticia de nuestro estado social que no es más que la suma de las injusticias del hombre? ¿Por qué al espectáculo de una miseria inmerecida buscamos en el cielo un juez ó una causa impenetrable, como si se tratase de un rayo, por ejemplo? ¿Olvidamos que esta es la parte más conocida y más segura de nuestro dominio, y que somos nosotros los que organizamos la miseria y la distribuimos tan arbitrariamente desde el punto de vista moral como el fuego distribuye sus rayos y la enfermedad sus sufrimientos? ¿Es razonable quejarse de que el Océano no tenga en cuenta el estado de alma de su víctima, en tanto que nosotros que tenemos una alma, es decir, el órgano por excelencia de la justicia, no nos ocupamos para nada de la inocencia de millares de miserables que son nuestras víctimas? ¿Es una excusa suficiente apartarse de nuestros cuidados diarios para construir una fuerza fatal, una fuerza que está toda entera en nuestras manos? ¡En verdad

que somos extraños jueces y extraños amantes de una justicia ideal! Tiembla el mundo de un punto á otro ante un error judicial, y el error que condena á la miseria, á las tres cuartas partes de nuestros hermanos y que es tan puramente humano como el error de un tribunal lo atribuimos á no sé qué potencia inaccesible é implacable. Si el hijo de un vecino nuestro nace ciego, idiota ó contrahecho, iremos á buscar, no importa dónde, basta en las tinieblas de una religión, que ya no practicamos, un Dios cualquiera para interrogar su pensamiento; pero si el niño nace pobre, lo que habitualmente para el destino de un ser es mucho más grave que que la más grave enfermedad, ni siquiera pensamos en Dios, que es, ni más ni menos, que la suma de todas las voluntades individuales. Antes de desear un juez ideal, sería necesario purificar nuestras ideas y que este juez participase de ellas. Antes de quejarnos de la indiferencia de la Naturaleza y de buscar una equidad que no existe, sería cauto atacar en nuestras regiones humanas una iniquidad que se encuentra; y si no se encontrase la parte reservada á las injusticias del azar, aparecería reducido en tercio y quinto. En todo caso, quedaría más disminuido que si hubiésemos hecho á la tempestad razonable, perspicaz al volcán, á la avalancha avisada, al frío y al calor circunspectos, á la enfermedad juiciosa, al mar inteligente y atento á nuestras virtudes y á nuestras intenciones secretas.

Hay, en efecto, muchos más pobres que náufragos ó víctimas de accidentes materiales y muchas mas enfermedades debidas á la miseria que á los caprichos de nuestro organismo ó á la hostilidad de los elementos.

XI

Nosotros, por lo tanto, amamos la justicia. Vivimos, es verdad, en el seno de una gran injusticia; pero de esto hace muy poco tiempo que adquirimos la certidumbre y buscamos todavía el medio de hacerla desaparecer. Ya es antigua la idea de Dios, del destino, de las voluntades misteriosas de la Naturaleza, entremezclándose íntimamente, y aun está estrechamente ligada á la mayor de las potencias injustas del Universo; más lo de ensayar el aislamiento de las fuerzas puramente humanas que se encuentran es de ayer. Si conseguimos aislarlas, reconocerlas y separarlas definitivamente de aquellas sobre las que no tenemos ninguna influencia, habremos realizado una misión más importante

para la justicia que todo lo que hasta aquí ha hecho la Humanidad por la investigación de la misma. En la injusticia social no es la parte humana capaz de detener nuestro deseo apasionado de equidad, sino aquella que un gran número atribuye todavía á Dios, á una suerte de fatalidad, á imaginarias leyes de la Naturaleza...

XII

Esta última parte, esta parte inactiva disminuye cada día. No es que el misterio de la justicia desaparezca; es muy raro que un misterio se agote por completo; ordinariamente no hace más que cambiar de lugar. Desde un cierto punto de vista, todo el progreso del pensamiento humano se reduce á dos ó tres cambios de este género; á transportar dos, ó tres misterios de un lugar donde hacían mal á otro donde son inofensivos é incluso pueden hacer bien. A veces, sin que el misterio cambie de lugar, es suficiente para lograr lo que se desea: basta con darle otro nombre; á lo que antes llamaban «los

dioses» hoy se llama «la vida»; y si la vida es tan inexplicable como los dioses, al menos tenemos la ventaja de que nadie invoque su derecho á hablar y á poner obstáculos en su nombre. El fin del pensamiento humano no es probablemente más que destruir el misterio ó desgastarlo. Esto no parece muy posible; probablemente habrá siempre la misma cantidad de misterio en este mundo si se atiende á que lo propio del mundo y lo propio del misterio es ser infinitos. Más el pensamiento honradamente humano quiere determinar la situación de los misterios verdaderos é irreductibles y arrancar á estos misterios todo lo que no les pertenece, todo lo que nuestros errores, nuestras mentiras y nuestra cobardía les han añadido. Y á medida que caen los misterios artificiales se ensancha el océano del misterio real que es el misterio de la vida, de su fin, de su origen, de su propia existencia; el misterio que se ha llamado «el accidente primitivo» ó «la esencia incognoscible de la realidad».

XIII

¿Dónde está situado el misterio de la justicia? Llena todo el mundo, se encuentra en las manos

de los dioses y domina á los dioses mismos. Se le había repartido y estaba en todas partes menos en el hombre. Ocupaba los cielos, animaba las rocas, la atmósfera y los mares, poblaba un Universo inaccesible. Se le apresa, se le examina, se le hace vacilar en su trono de nubes y se desvanece; y en el momento que creíamos que había desaparecido, de nuevo reaparece y se dirige al fondo de nuestro corazón y es todavía un misterio que se reconcilia con el hombre porque el hombre viene á ser casi siempre el último refugio y la verdadera morada de los misterios que creemos nosotros aniquilar. Es muro tras donde ellos encuentran, en fin, el hogar que habían abandonado para reconocer el espacio en el primer delirio de su juventud y es dentro de nosotros donde debemos interrogarlos. Es en efecto, tan admirable y tan inexplicable que el hombre tenga en su corazón un inmutable instinto de justicia como era admirable é inexplicable que los dioses ó las fuerzas del Universo fueran justas. Es tan difícil darse cuenta de la esencia de nuestra memoria, de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia, como era difícil darse cuenta de la memoria, de la voluntad y de la inteligencia de las potencias invisibles ó de las leyes de la Naturaleza. Y si es lo desconocido ó lo incognoscible, lo que nos hace falta para ennoblecer nuestra curiosidad; si tenemos necesidad de lo infinito y del misterio para entretener nuestra ansia, no perde-

remos ni uno solo de los afluentes de lo desconocido ó de lo incognoscible volviendo hacia el primitivo manantial del gran río; no nos cerraremos en uno solo de los caminos del infinito; no amenguaremos ni una línea el más discutible de los misterios verdaderos. Lo que lleva á los cielos, se encuentra en el corazón del hombre; pero misterio por misterio prefiramos siempre el más cierto al más dudoso, el que está más próximo al que está más lejos, el que nos pertenece al que está fuera de nosotros. Misterio por misterio no interroguemos nunca á los mensajeros; sino al soberano que los envía; no interroguemos á los que huyen en silencio en cuanto se les interroga, sino á nuestro propio corazón que encierra al mismo tiempo la pregunta y la respuesta.

XIV

Desde entonces nos será posible responder á más de una cuestión inquietante sobre el reparto equitativo de las penas y de las recompensas entre los

hombres. No se trata solamente de las penas y de las recompensas interiores ó morales, sino también de las que son visibles y perfectamente materiales. Con razón la humanidad cree desde su origen que la justicia impregna y anima, por decirlo así, todos los objetos del mundo en que vivimos. Para explicar esta creencia, no basta sólo contrastar que nuestras grandes leyes morales han sido forzosamente adaptadas á las grandes leyes de la vida de la materia. Hay otra cosa: todo no se limita á una simple relación de causa á efecto entre la transgresión y el castigo. Frecuentemente también se descubre un elemento moral que, aunque las cosas no lo tengan en sí, aunque nosotros lo hayamos creado, no por eso es menos real y potente. Si no hay justicia física propiamente dicha y sí justicia psicológica interior de que ya nosotros hablaremos, existe también una justicia psicológica en constante relación con el mundo físico y á esta justicia es á la que atribuímos, no se sabe que principio universal é invisible. Nos parece un tanto mezquino conceder á la naturaleza intenciones morales y moverse bajo el imperio del temor al castigo ó de la esperanza en la recompensa que ella nos reserva. Pero esto no quiere decir que, hasta materialmente no haya recompensa para el bien y castigo para el mal: los hay de un modo incontestable; pero no vienen de donde nosotros creemos: y creyendo que vienen de un lugar inabordable que nos dominan,

nos juzgan, nos dispensan por consiguiente, de juzgarnos cometemos un error peligroso, pues nada como esto influye sobre nuestra manera de defendernos contra la desgracia y de marchar á la conquista de la dicha.

XV

La suma de justicia que encontramos, á pesar de todo, en la naturaleza, no proviene de la naturaleza misma, sino de nosotros que la ponemos á nuestro antojo, mezclándonos con las cosas, animándolas y sirviéndonos de ellas. En nuestra vida no son solamente el rayo ó la enfermedad, los que cualesquiera que sean nuestros pensamientos nos hieren de improviso sin razón aparente: hay otros casos y mucho más numerosos en que nosotros obramos directamente sobre los seres que nos rodean, penetrándoles de nuestra personalidad ó haciendo á las fuerzas de la naturaleza instrumentos de nuestros pensamientos que, cuando son injustos y abusan de esas fuerzas, provocan necesariamente represalias y castigos.

La reacción moral no está en la naturaleza, sale de nuestros propios pensamientos ó de los pensamientos de los demás hombres. No es en las cosas, sino en nosotros donde se encuentra la justicia de las cosas. Lo que modifica nuestra conducta para con el mundo exterior y nos pone en guerra con él, es nuestro estado moral, porque nosotros estamos en guerra con nosotros mismos, con las leyes esenciales de nuestro espíritu y de nuestro corazón. La justicia ó la injusticia de nuestra intención no tiene ninguna influencia sobre la actitud de la naturaleza con respecto á nosotros; y sin embargo, la tiene casi siempre decisiva sobre nuestra actitud con respecto á la naturaleza. Aquí, como cuando era cuestión de la justicia social, atribuimos al universo ó á un principio ininteligible y fatal un papel que nosotros mismos juzgamos. Y cuando decimos que la justicia, la naturaleza, el cielo ó las cosas nos castigan y se vengan y se revuelven contra nosotros, es en realidad el hombre que castiga al hombre á través de las cosas, la naturaleza humana que se revuelve y la justicia humana que se venga.

XVI

Citaba yo un día el ejemplo de Napoleón y de sus tres más célebres é irritantes injusticias que fueron también las tres injusticias más funestas á su fortuna, á saber: el asesinato del duque d'Enghien, condenado sin juicio y sin pruebas y ejecutado en los fosos de Vicennes, asesinato que sembró en torno del dictador inícuo los odios más implacables y los más feroces deseos de venganza. Síguele inmediatamente la odiosa alevosía de Bayona, donde él atrajo por medio de bajas intrigas para despojarlos de su corona hereditaria á los confiados y benignos Borbones de España, la horrible guerra que se siguió, donde perecieron 300.000 hombres, toda la energía, toda la moralidad, casi todas las certidumbres, casi todas las abnegaciones y los destinos felices del Imperio. Y por fin, la espantosa é inexcusable campaña de Rusia, desastre definitivo de su fortuna que moría arrecida y friolenta entre los hielos de la Beresina y las nieves de la Polonia.

Y decía yo á este propósito: hay numerosas causas